

La cultura de información

*"El tiempo de leer, como
el tiempo de amar,
dilatán el tiempo de vivir"*
Daniel Pennac

Palabras claves: Cultura de Información, Ciencia de la Información, Formación de usuarios, Lectura.

RESUMEN

Se expone aquí el concepto de cultura de información y cómo ésta se forma en una sociedad. Se analiza el papel que juega la educación en esa tarea y los efectos de la ausencia de una cultura de información en los ciudadanos. Finalmente, se recomienda qué hacer, enfocando las soluciones a largo plazo, para concluir en la necesidad de impulsar políticas que incluyan el mejoramiento de la educación, el fomento a la lectura, el uso apropiado de la tecnología y otros.

Key words: Information Culture, Information Science, Users Education, Reading.

ABSTRACT

The information culture as a concept is analyzed here and how it is built in a society. Also, it takes in to account the educational roll in the area and some effects for the absence of information culture on the citizens. Finally, it recommends what to do with the solutions for the future, concluding in the impelled politics for the improvement on education, reading promotion, appopriate use of technology, and others.

Introducción

Exponer sobre cultura de información podría resultar reiterativo, pues en tiempos recientes se insiste en la formación "de una cultura" para todo: informática, ambiental, organizacional, política y demás. La toma de conciencia sobre los vacíos que se han ido generando en nuestra sociedad, forma parte de los impulsos hacia la resolución de los problemas que nos aquejan. También la ausencia de hábitos y costumbres característicos de una sociedad más humana, más justa, más crítica o más letrada, es otro de esos impulsos. Por lo tanto, es importante determinar esos vacíos y provocar esos hábitos y costumbres, de manera que alcancemos esa sociedad justa con la que soñamos.

La formación de una cultura de información en la sociedad costarricense, es una tarea pendiente, toda vez

que percibimos un alejamiento de esa imagen que para muchos aun es apreciada y para otros, resulta indiferente. Precisamente, ése es el objetivo de este ensayo: justificar y definir la formación de una cultura de información en nuestro país. Para ello comenzaremos por definir el concepto, el que según Menou (1996:298) es "la habilidad de los individuos o grupos para hacer el mejor uso posible de la información". Por otro lado, se denomina cultura a todo aquello que los seres humanos aprenden y viven como experiencia y han sentido a través del tiempo, según Jean Rostand -citado por Menou (1996).

No obstante, no basta con una definición. Es importante repasar para qué, por qué y cómo debe formarse una cultura de información; por esa ruta podríamos acercarnos a la meta deseada y así repasar las posibles soluciones.

* Catedrática de la Universidad de Costa Rica, en la Sede de Occidente. Investigadora en el campo de políticas de información y formación de usuarios. Licenciada en Bibliotecología y Máster en Educación.

Sobre el concepto

Como un primer acercamiento a un análisis conceptual, podemos repasar la definición de Hofstede (1994) quien ha dividido este concepto asignándole dos significados. Uno más específico que se refiere a los resultados del trabajo humano creativo y su interacción que se refleja en las artes, la educación o la literatura. El otro más amplio, que significa “civilización”, abarca los patrones aceptados de pensamiento, sentimientos y acciones potenciales. De esta manera, la cultura de una persona se puede observar en su predisposición a actuar y a juzgar ciertos fenómenos, comportamientos o situaciones. Esta predisposición se va formando a través de toda la vida del ser humano, condicionada por la educación, la sociedad o el ambiente, pero según Steinwachs (1999) se adquiere en los primeros años de vida. Por otro lado, la cultura llega a ser un fenómeno colectivo, no individual, pues las personas se agrupan al compartir los mismos patrones, con lo que se identifican con una misma cultura.

Estas características se congregan alrededor de ciertos núcleos tales como la familia, las instituciones, la religión, generaciones, lenguas, regiones y la nación. Esa agrupación se forma con el tiempo y va identificando a las personas alrededor de esos grupos. De esta manera, la influencia que se ejerza en ellos, podría hacer variar los patrones que comparten sus miembros, los cuales se manifiestan en su comportamiento, actos y juicios. Hofstede (1994:5) compara estas manifestaciones con las capas de una cebolla, ubicando cuatro diferentes niveles: los símbolos –que son los más visibles, o la capa más externa de la cebolla– los héroes, los ritos y por último los valores, ubicados en la capa más profunda de la cebolla porque son los que determinan la ideología del grupo.

De lo anterior se deduce que las costumbres son manifestaciones culturales de las personas que están determinadas por ideales abstractos o valores, según la escala que le asigna el grupo al que pertenecen, producto –muchas veces– de agentes externos o aparatos ideológicos, que cumplen su papel según los intereses del grupo dominante que los mueven. Entonces, de esa escala depende la importancia que la persona le asigne a sus costumbres y de allí, definirá sus acciones y juicios.

García Canclini plantea que “toda formación social (...) reproduce constantemente la adaptación del trabajador al orden social a través de una práctica cultural-ideológica que pauta su vida entera en el trabajo, la familia, las diversiones, de modo que todas sus conductas y rela-

ciones tengan un sentido compatible con la organización social dominante” (García, 1989:49). El autor advierte que la producción de cultura surge de las necesidades de un sistema social y a la vez, está determinada por él, y por otro lado, para que los sistemas sociales subsistan deben reproducir y reformular sus condiciones de producción.

De aquí que se forma un poder cultural, el que legitima, oculta e impone ciertas normas para adaptar al individuo a ese sistema social. Dentro de las normas culturales e ideológicas se encuentra la información, cuya tenencia genera poder y por lo tanto, la costumbre o hábito de buscarla y obtenerla se anula dentro del sistema para mantener la hegemonía.

Quiere decir entonces que el concepto de cultura de información está relacionado con las costumbres que la persona tiene, y por ello es importante incorporar aquí el concepto de *habilidades y hábitos*, pues éstos se presentan cuando las personas asimilan e interiorizan esas manifestaciones como propias y ejecutan sus acciones como parte de su comportamiento “normal”. No obstante, los hábitos se pueden generar o anular, según los intereses que los muevan, de manera que van conformando una serie de prácticas representativas del grupo al que pertenece el individuo. Las costumbres son parte de la herencia cultural de las personas y de ahí que, al modificar ciertas habilidades se pueden desarrollar manifestaciones culturales deseables, lo cual ha de darse como resultado de un proceso sistemático y prolongado; una combinación de experiencias individuales y colectivas, hasta llegar a formar parte de la herencia cultural. Pero ese proceso siempre va a corresponder a la estructura de clase donde se ubica la persona; de manera tal que la conformación de la herencia cultural dependerá de esa ubicación.

Desde un plano más amplio, la cultura influye en todos los aspectos de la sociedad y a su vez –tal como lo analizamos antes– la cultura es sostenida por las instituciones que forman parte del grupo social. Por ello, desde que los sofistas griegos se interesaron por este tema, se le ha asignado tanta importancia a la cultura en las ciencias sociales y las humanidades, como un elemento que se moldea de acuerdo con los intereses de grupo. Así, se habla de cultura organizacional, cultura informática o cultura ecológica y consecuentemente, de cultura de información. Ella determina el estilo de trabajo y ciertas necesidades y preferencias de acuerdo con la formación académica o no formal que la persona reciba. De aquí que la cultura de información estará conformada por aquellos hábitos, costumbres y habilidades que la persona desarrolle después de un proceso educativo que

abarca no solo la educación formal, sino también el ambiente familiar y social que le rodea.

La herencia cultural, que es patrimonio de un pueblo, se presenta independientemente de que existan o no los productos de información, si nos circunscribimos a una cultura de información. Sin embargo, podemos afirmar que éstos se presentan en tanto que la información se use, de manera que podemos visualizar un ciclo en el que a mayor uso de la información, mayor generación de conocimiento y mayor producción de información. De ahí que el hábito de usar la información fortalecerá la herencia cultural conformada por el conocimiento y los productos de información.

El papel de la educación

Para fortalecer ese ciclo se debe echar mano a la educación, no solo porque un proceso educativo es la mejor forma de sostener o cambiar una cultura, sino porque la formación de una cultura de información –al igual que otros cambios que se han gestado en la evolución de la Humanidad– es un proceso colectivo, conciente y ligado a la práctica del individuo o el grupo social del que se trate. Tal como lo expresa el experto francés Michael Menou, “... para cambiar la cultura de la información por medio de la educación, ésta necesita ser apoyada por métodos activos de enseñanza y aprendizaje, los cuales se basan en el uso de la información, en una práctica individual estable y en la disponibilidad de la infraestructura necesaria de información” (Menou, 1996:299).

El resultado de esta importante gestión educativa será la apropiación de la información por parte de los distintos actores sociales y con ella del conocimiento, cada vez menos accesible dado el poder que genera y la tendencia concentradora por parte de grupos hegemónicos.

En nuestros países del Sur enfrentamos la ausencia de una cultura de información (Menou, 1996; Thorngate et al., 1995) provocada principalmente por el escaso hábito de lectura y la aplicación de una educación tradicionalmente memorística en nuestra población. La tendencia creciente hacia la transformación de la sociedad latinoamericana caracterizada por la cultura de la imagen o de los medios electrónicos, confrontada con la cultura del libro¹, podría conducirnos a lo que Morin llama una “Edad Media Planetaria”, aumentando la brecha entre las élites urbanas letradas y los sectores medios y pobres que padecerían del síndrome de las respuestas inducidas. Así, cada vez estamos más y más excluidos de las bondades de una

participación crítica, reforzada además por una educación memorística y devaluada. No quiere decir que los medios electrónicos sean dañinos en sí, es que si se trata de escoger, la tendencia predominante es utilizar estos medios porque son más fáciles de interpretar y generalmente, se busca lo que no nos obligue a pensar o lo que simplemente nos distraiga. Sobre todo en el caso de la televisión comercial, la información se obtiene por un solo canal –aunque existan muchos y diferentes– y el receptor no siempre es capaz de escoger la información que contiene sabiduría o cuestionar su contenido.

La influencia que ejerce un medio de información en el individuo es esencial para formar su opinión, pues ésta es una de las principales fuentes que utiliza para desarrollar su manera de expresarse e interpretar la realidad. Lo mismo sucede con la información obtenida por la red Internet, de tal manera que si su contenido no es exacto, esto determinará la calidad de la información que el usuario obtenga (Vgr. Molina, 2000).

Esta receptividad hacia la información fácil, es producto –entre otros factores– de un sistema educativo de poca calidad y por ello es que lamentablemente, la lectura se transforma en un instrumento elitista. La lectura es antes de todo un proceso intelectual pues demanda tiempo, perseverancia y capacidad cognitiva. Asimismo, Freire (1986) de una forma más jocosa, advierte que el acto de leer y estudiar no debe comprenderse del mismo modo que el acto de “comer”, pues leer implica no solo transferir conocimiento, sino recrear, generar pensamiento y cuestionar.

La falta de criticidad, de un espíritu científico, el analfabetismo funcional o en general, las deficiencias de la educación básica, propenden hacia la formación de personas que no participan, no leen o no siguen estudiando en el transcurso de su vida. Por el contrario, la educación básica que tienda hacia la “educación para toda la vida”, como la ha llamado la UNESCO, suscita la necesidad de seguir aprendiendo, para lo cual la persona debe utilizar todos los recursos que estén a su alcance para adaptarse a los cambios acelerados y la competencia en el trabajo, el estudio y la recreación. Uno de los recursos más importantes es la información, por medio de la cual y si se sabe explotar, se obtendrá la clave de los mecanismos de la autoeducación. En su Informe, la Comisión de la UNESCO aclara:

Ya no se trata solamente de enseñar a los alumnos a aprender sino, también, a buscar y a relacionar entre

1. Utilizamos aquí el término libro en su sentido genérico, independientemente de su formato de presentación.

sí las informaciones, dando al mismo tiempo pruebas de espíritu crítico. Habida cuenta de la masa considerable de informaciones que actualmente circulan por las redes, saber navegar por ese océano del conocimiento se convierte en una condición previa al conocimiento mismo y exige lo que algunos consideran como una nueva forma de alfabetización. Esta “alfabetización informática” es cada vez más necesaria para lograr una auténtica comprensión de la realidad (La Educación... 1997:199).

El uso de la tecnología de la información y su adecuada explotación pasa por un periodo previo de alfabetización ciertamente, pero no solo para aprender a usar las máquinas, sino para saber interpretar, relacionar y seleccionar su contenido. Por ello el término alfabetización informática no debe asumirse solamente a nivel instrumental. Para dominar los saberes debemos dominar la lectura, de aquí que desarrollar el hábito a temprana edad es un requisito fundamental para lograr las metas posteriores.

La cultura de información está estrechamente ligada a la educación, a la adquisición del hábito de la lectura y a la costumbre de usar la información en todas las tareas que emprendamos; en otras palabras, ésta deberá estar incorporada a nuestra experiencia. La aspiración a dominar el saber en su totalidad es cada vez más lejana, en tanto que el conocimiento se ensancha día con día y es ahí donde la tecnología juega un papel importante: facilitar el acceso a la información, la selección del conocimiento pertinente de entre la gran masa que existe. En cambio, la actitud positiva hacia el aprendizaje, es el fundamento para lograr ese dominio de los mecanismos básicos para alcanzar una actitud dialógica con el texto o la realidad, cualquiera que sea la fuente de conocimiento. Solamente así podremos aspirar hacia la sabiduría.

La ausencia de una cultura de información

Podríamos establecer una analogía entre la cultura de información y la alfabetización, concebida ésta como la capacidad de descifrar los signos escritos para interpretar su contenido. El término alfabetización, que nació en el campo lingüístico, ha sido utilizado en diversos ámbitos de la actividad humana. Así, hemos hablado de alfabetización informática, también se ha manejado el término de alfabetización informacional o bioalfabetización y Freire (1986) empleó la alfabetización política como sinónimo de educación política. Si logramos encontrar un punto común entre todas estas modalidades, podemos concluir que alfabetizar significa tomar con-

ciencia, eliminar la ingenuidad o estar formado para responder conscientemente ante ciertos estímulos.

Es conveniente insistir en que alfabetizar no llega solamente hasta un nivel instrumental, así como leer no solo significa descifrar los códigos escritos; su alcance es más profundo. “Leer es reescribir y no memorizar los contenidos de la lectura”, decía Freire y Jorge Luis Borges también expresaba que él prefería releer que leer, “porque releer es más importante que leer, salvo que para releer se necesita haber leído”. Así, formar una cultura pasa por un proceso de alfabetización, desde alcanzar el dominio de los instrumentos que proveen la información, hasta adquirir la costumbre y la habilidad de buscarla, utilizarla y crearla. En ello está la felicidad –nos dice Borges– porque no solo se trata de realizar lecturas apresuradas y superficiales –o lectura extensiva, como la han llamado los especialistas– sino de saborearla, releerla, crearla y recrearla. De esta manera, para determinar si existe o no una cultura de información en un grupo de individuos, ésta se debe inferir de su comportamiento, en relación con el uso de la información y la lectura.

La ausencia de una cultura de información tiene los mismos efectos de un alto índice de analfabetismo funcional en un país. Aunque las personas sepan leer y escribir, no podrán profundizar en la interpretación de los mensajes o favorecen la recepción de la comunicación oral, en contra del uso que le puedan dar al texto escrito. Así, las personas preguntarían por el sentido de aquel texto que está expuesto en un cartel, navegarían por Internet pasando de un sitio a otro sin capacidad para seleccionar los que realmente le interesan, o deteniéndose en aquellos que solamente lo entretienen, serían asiduos clientes de la televisión comercial, pero no así del texto escrito y posiblemente utilizarían un multimedio con un repaso superficial por su forma, sus imágenes, su sonido. Igual sucede cuando se maneja el soporte informacional, no su contenido; esto es carecer de una cultura de información. Diseñar una página WEB perfecta en cuanto a su presentación, pero incomprendible o insuficiente en cuanto a su mensaje; el estudiante que no se apropia de la información, sino que solamente la memoriza; el profesional que repite la terminología de moda, pero no conoce su alcance ni su contenido.

Realmente la ausencia de una cultura de información no incita al individuo a usar la información, consecuentemente, tampoco la demanda porque no es conciente de su necesidad. De aquí que un pueblo sin cultura de información no usa las bibliotecas, no lee por placer, no le interesan los libros, aunque éstos sean parte

de su trabajo, aunque estén a la mano y la información sea ofrecida constantemente.

Qué hacer entonces...

De acuerdo con el análisis de Steinwachs (1999: 200), por ejemplo, al tratar la influencia de la cultura en el usuario, advierte que la habilidad de un individuo para usar la información se aprende y que la misma debe considerarse tres elementos: (1) la conciencia sobre la importancia que tiene la información, (2) las destrezas para manejar la información y (3) el acceso físico a ella, así como las oportunidades para explotarla. A éstos yo le agrego un cuarto elemento, cual es la capacidad de comprender o interpretar lo leído.

En este sentido es conveniente retomar a Freire, para quien un proceso de concientización debe pasar por la unidad teoría-práctica, por la praxis y por la reflexión-acción. Así, la formación de una cultura de información no solo está relacionada con la capacitación o con la instrucción; va más allá porque requiere de una aclaración de los objetivos para estudiar a los actores que participan en el proceso –los sujetos– y ubicar los focos de poder donde se encuentren. Recordemos que éste no sería un proceso ingenuo, no podemos pretender que sea fácil y sencillo. Por el contrario, es un proceso complejo y a largo plazo.

La lectura, como elemento medular en la formación de una cultura de información, es cuestionada porque supuestamente no necesitaremos de ella con el advenimiento de los multimedia o el acceso masivo a la red de redes; los medios electrónicos nos darán todo hecho y solamente tendremos necesidad de buscar para encontrar.

Pero, ¿cómo se logra interpretar el contenido de la información que se adquiere por esos medios? ¿De qué manera es posible seleccionar y jerarquizar el conocimiento que nos conviene de entre la gran masa que localizamos? Solamente la lectura nos brinda la capacidad de interpretar y discriminar la información por su contenido, porque de otra manera no podremos discernir entre lo que es valioso y lo que no lo es y entonces tendremos mucho acceso a basura, pero no realmente al conocimiento. Sin embargo, también la lectura se ve afectada por este tratamiento superficial. Si observamos con detenimiento el contenido de las exposiciones en las últimas ferias del libro nacionales, podemos darnos cuenta de que éstas privilegiaban los libros de autoayuda, de decoración, de resolución de problemas prácticos, por encima de la buena literatura, de los temas profundos, del conocimiento. No

culpemos a los vendedores; es consecuencia de la demanda: esos son los libros que más se venden.

Si no somos capaces de usar la información, tampoco podremos producirla y mucho menos, promover su uso mediante políticas nacionales que se diseñen con ese cometido. En otros momentos y contextos, diferentes naciones han pasado por un resurgimiento cultural, no solo porque éste es promovido por políticas específicas, sino porque existen intereses políticos que algunos grupos mantienen y promueven. Así por ejemplo, en la España de mediados del siglo diecinueve, Alfaro (1999:25) nos relata que

“el libro adquirió un auge al haber sido estimado como instrumento privilegiado por la burguesía, dado que en él exponía su pensamiento y aspiraciones (de conocimiento, ascenso y poder). Esta clase social promueve la difusión del impreso, el que por lo que concierne a ella, acaba instalándose en su propia subjetividad y se convierte en un medio de identidad”

Como éste, podemos encontrar muchos ejemplos que nos demuestran cómo las políticas se definen de acuerdo con intereses específicos y consecuentemente, la presión que ejerzan diferentes grupos interesados será fundamental para alcanzar los resultados que esperamos: la democratización del acceso a la información, del acceso al conocimiento.

Por ello, para lograr la formación de una cultura de información no basta con deseárselo y –como acostumbramos decir popularmente– “motivar” a las personas, sino previamente deben estudiarse los elementos intervinientes antes y ahora y diseñar estrategias concretas para alcanzar dicha meta. Debemos sumar también la participación de diferentes actores, no solo aquellos que tengan voluntad y que compartan las metas concretas, sino aquellos que tengan poder político y los que formen parte de organizaciones que se constituyen o pueden constituirse en grupos de presión.

Ahora bien, no está de más reiterar que juega un importante papel la educación. Dentro de sus múltiples tareas, la formación de personas que autónomamente busquen la lectura como una actividad placentera y periódica –como un hábito– es una urgencia en nuestro medio. Urgencia, porque como se citó anteriormente, el concurso de la tecnología de la información se está convirtiendo en un contrincante y no en un complemento. Por un lado, se promueve la explotación irracional de esa tecnología y por el otro, se introduce la lectura como una

actividad obligatoria en los programas educacionales; ambas son acciones contraproducentes para lograr este cometido.

“La idea de lectura obligatoria es una idea absurda: tanto valdría hablar de felicidad obligatoria”, decía Jorge Luis Borges. Y Daniel Pennac (1995) en el otro continente, lo dijo de una manera más directa: “El verbo leer no tolera el imperativo. Es una aversión que comparte con algunos otros verbos: “amar”... “soñar”...”. Lo cierto es que nuestro sistema educativo se ha dedicado a fomentar el uso superficial de la imagen más que la lectura del texto y ello trae como consecuencia la incapacidad de la persona para interpretar y jerarquizar el conocimiento que recibe. Si la lectura –como una prác-

tica inicial que estimula el uso de la información– se convierte en una tarea escolar con carácter obligatorio, difícilmente podremos encontrar adultos que se sientan atraídos por el conocimiento.

Fomentar la producción de obras literarias, facilitar la publicación de más y mejores textos, encontrar cada vez más promotores y animadores de lectura, enseñar la lecto-escritura con métodos lúdicos y continuar promoviendo la lectura como una actividad placentera; hacer de las bibliotecas sitios atractivos, formar docentes verdaderamente lectores, preparados para explotar la información y promover el uso racional de la tecnología; son tareas pendientes que nos quedan por delante.

Bibliografía

Alfaro, Héctor G. 1999. “La lectura: una forma de felicidad”. *Investigación bibliotecológica*, 13(26):4-5.

Freire, Paulo. 1986. *La importancia de leer y el proceso de liberación*. 4. ed. México, D.F.: Siglo XXI.

García Canclini, Néstor. 1989. *Las culturas populares en el capitalismo*. México: Ed. Nueva Imagen.

Hofstede, G. 1994. *Culture and organizations: Software of the mind*. London: Harper Collins.

La Educación encierra un tesoro: Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la educación para el siglo XXI. 1997. México, D.F.: Correo de la UNESCO.

Menou, Michel. 1996. “Cultura, informação e educação de profissionais de informação nos países em desenvolvimento”. *Ciência da Informação*, 25(3):298-304.

Molina, Iván. 2000. “Mentiras en la red”. *La Nación (San José, C.R.)*, 2 octubre.

Pennac, Daniel. 1995. *Como una novela*. Barcelona: Grupo Editorial Norma.

Steinwachs, Katarina. 1999. “Information and culture -the impact of national culture on information processes”. *Journal of Information Science*, 25(3):193-204.

Thörngate, Warren, et al. 1995. “CIDE/REDUC case study”. En: McConnell, Paul, ed. *Making a difference: measurement the impact of information on development: Proceedings of a workshop held in Ottawa, (Canada 10-12 July 1995)*. Ottawa: IDRC.